

Yo a ti tampoco

Jorge García

@Jota_Studio



CROSS
BOOKS

Yo a ti tampoco

Jorge García

@Jota_Studio



CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto y las imágenes de interior: Jorge García Ruiz, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Pág. 7: *Verte amanecer* © Emi Music Publishing Spain Sa., 2009. Creada por Isabel Maria Hernandez Argiles y Marc Gili Gall e interpretada por Dorian.

Pág. 117: *Bodas de sangre* © Federico García Lorca. Austral Editorial, 2010.

Pág. 199: *Hoax* © Sony / ATV Music Publishing LLC, Universal Music Publishing Group, 2020. Creada por Aaron Brooking Dessner / Taylor A. Swift e interpretada por Taylor A. Swift.

Primera edición: abril de 2024
ISBN: 978-84-08-28691-2
Depósito legal: B. 5.207-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

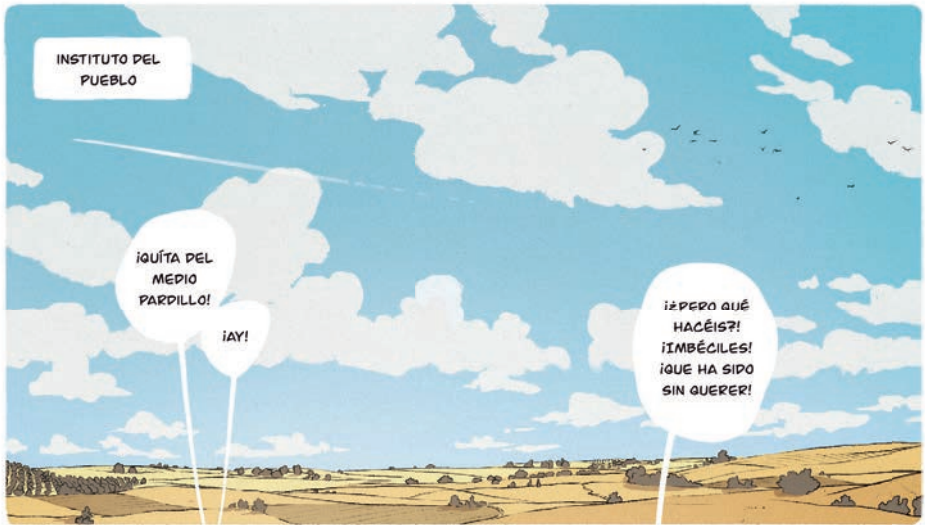
La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

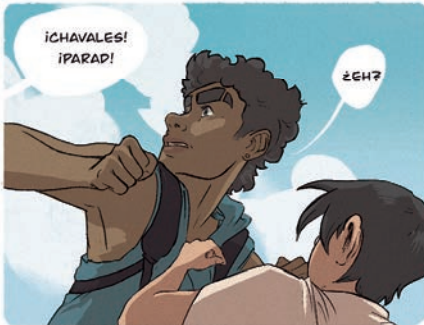
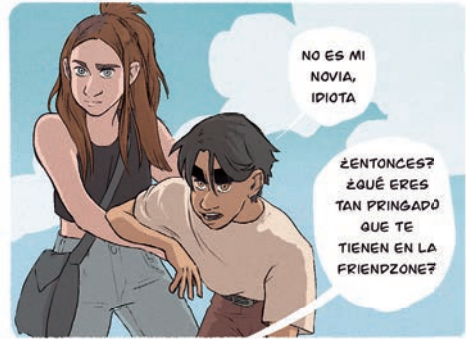
Allí donde nadie hacía nada

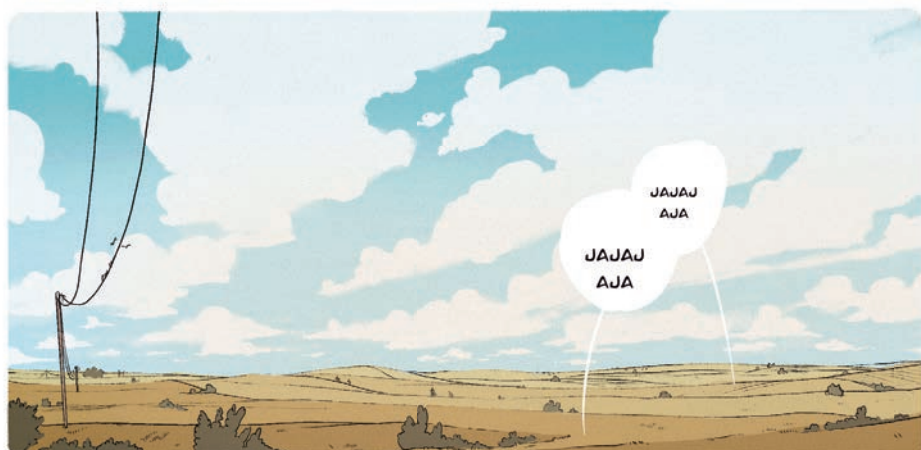
Nuestra especie ha podido observar cientos de planetas a distancias descomunales e incomprensibles. Otros sistemas solares siguen sus elipses perfectas allí fuera. Bailando en círculos alrededor de estrellas a punto de implosionar, sin percatarse tampoco de la existencia de la Tierra. Solamente tratar de salir de nuestra galaxia para explorar estos nuevos mundos nos llevaría mucho más de mil años de viaje. Un viaje que empezarían padres y terminarían tataranietos. Y aun categorizando este hecho como la mayor expresión de soledad del ser humano en todo el universo observable, no se podría comparar con lo solo que me sentía yo teniendo que volver a clase en menos de treinta y cinco minutos. O el tiempo que fuera que tardase la sangre en dejar de salir por mi nariz.

Todavía estaba tendido en el suelo, con la vista nublada. El puñetazo me había pillado por sorpresa. Tanto como el choque con los alumnos de primero de bachillerato al salir del instituto. Nos topamos sin querer tratando de salir del edificio mientras ellos entraban acelerados, y ahora el patio frontal era una pelea improvisada. Odiaba llamar la atención, bastante más que sangrar.

En El Pueblo Rodeado Por Nada cada día a las 14:30 horas los gorriones competían por un hueco en los tendidos eléctricos que cruzaban los campos. Y una cascada de niños y adolescen-







tes que salían de los centros de estudios para volver a sus hogares rompía el silencio. Algo que odiaba era el barullo de cláxones y motores. El Pueblo Rodeado Por Nada tenía apenas dos mil habitantes y ocupaba menos de dos kilómetros a la redonda. Y, aun así, padres y madres conducían sus 4x4 para recoger a los niños en la misma puerta del colegio. Todo esto creaba un revuelo que hacía parecer al lugar de lo más vivo. Pero en menos de una hora el silencio volvía como los malditos pájaros a los malditos tendidos eléctricos. Allí todo era un bucle.

—¡No pares! —jadeó Marianne manteniendo el paso. Con el pueblo ya atrás nos habíamos atrevido a saltar al Mar de Oro sin pensarlo dos veces. Y es que El Pueblo Rodeado Por Nada en realidad sí que estaba rodeado por algo. Trigales y otras tierras de cultivo que se mecían al viento como si fuesen olas. Con ese característico color amarillo, el lugar parecía una isla perdida en un inmenso océano. Las nubes parecían más grandes, y los problemas, más pequeños. Allí estaba, de horizonte a horizonte, todos los días. Bañando la costa del pueblo. En calma, pero inmenso. Con su mareaje dorado, estelas de piedra y quién sabe cuántos secretos sumergidos en él. Yo me sabía unos cuantos.

Marianne compartía sus libros favoritos conmigo, y yo hacía lo mismo con ella. De hecho, teníamos cuadernos en los que en cada clase escribíamos historias a escondidas de los profesores. Un capítulo cada uno. Ella siempre era una detective de pelo rojo, o una especialista, o una espía. Mientras que mis personajes se limitaban a ser hombres corrientes con dones especiales. Ella era mucho más creativa que yo. Estábamos siempre juntos. Incluso cuando yo estaba solo y hablaba conmigo mismo en mi habitación, lo hacía como si ella estuviese escuchando de alguna forma. Nuestros compañeros nos tomaban por hermanos. Y yo quería a Marianne como a una hermana. Sí, a veces la sentía más familia que la real.

Nos conocimos el primer día del primer año de instituto. Ella trataba de comerse una golosina a escondidas en la primera fila

de la clase. Una misión difícil y arriesgada, ya que comer en el centro estaba prohibido. Una de las veces que escaneó el aula para comprobar si había testigos de su travesura, me pilló al fondo de la clase mirándola sorprendido. No pude aguantar la risa, y ella se sonrojó tanto que ambos terminamos riéndonos demasiado alto. Fue en la biblioteca, castigados, que antes de compartir ninguna palabra, compartimos una bolsa de caramelos.

Explorábamos los campos de trigo los fines de semana, y un año hasta nos bañamos en el río que hay a las afueras. Ambos éramos chicos de campo, pero ella parecía estar más preparada siempre, para todo.

El primer Halloween que pasé con ella fue mi favorito.

—Le dije a mi madre que no quería ser Cenicienta... —dijo Marianne, tratando de no caerse con el vestido más pomposo y brillante que había visto en mi vida.

—Yo..., bueno, no me desagrada ser un pirata... —le dije mientras jugueteaba con la espada de plástico atada a mi cintura.

—¿Y si...?

Marianne y yo nos miramos y entendimos sin necesidad de palabras. Nos intercambiamos los disfraces. Al principio me aterraba la idea de salir de casa con aquel vestido. Hay tatuajes que se hacen con tinta en la piel, y hay otros que se hacen en la memoria. Como la primera vez que oí la palabra «maricón» en mi propia familia. O como cuando Marianne se puso mi gorro de pirata y extendió la mano para ayudarme a bajar los escalones. Acepté su palma, no porque necesitase ayuda para moverme en aquel atuendo digno de princesa Disney, sino porque ella era el valor que me faltaba.

Esa noche decidí que sería mi mejor amiga.



Tras un buen rato de paseo, nos despedimos bajo el sol inaguantable y me dirigí hacia las orillas del Mar de Oro para llegar a mi casa. Arrastrando las suelas de mis zapatillas por la acera, haciendo un ruido estridente, intenté deshacerme de los restos de barro seco. Y mientras seguía andando, me sacudí los pantalones para eliminar el rastro de hierbajos silvestres. No obstante, había algo que tal vez no podía eliminar de mi aspecto tan fácilmente. Encendí el móvil y usé la cámara frontal para mirarme la cara y quitarme lo que quedaba en ella de sangre. Aproveché para peinarme un poco y practicar un gesto despreocupado. Por suerte, no había moratones ni heridas que pudieran alertar a mis padres.

Volví la esquina repleta de hiedra verde brillante que formaba la valla del jardín de mi casa, y agarré la llave. Pero me detuve justo antes de introducirla en la ranura. No estaba preparado para el sermón que me caería por llegar tarde a comer. Y menos para obviar que no había sucedido ninguna pelea. La primera del año, pero no sería la última.

No era nada nuevo para mí fingir que no me acababan de partir la cara. La única vez que me quejé fue en el colegio. Algunos niños encontraban fascinante tirarme piedras cuando me veían jugar con mi muñeca favorita. Palpé la cicatriz en la nuca a través del pelo mientras recordaba. Ese día, acudí llorando a los profesores. Solo recibí risas, y mis acosadores, ningún tipo de represalia. Parecía que callándome el problema terminaba antes, y así lo llevaba haciendo desde hacía años.

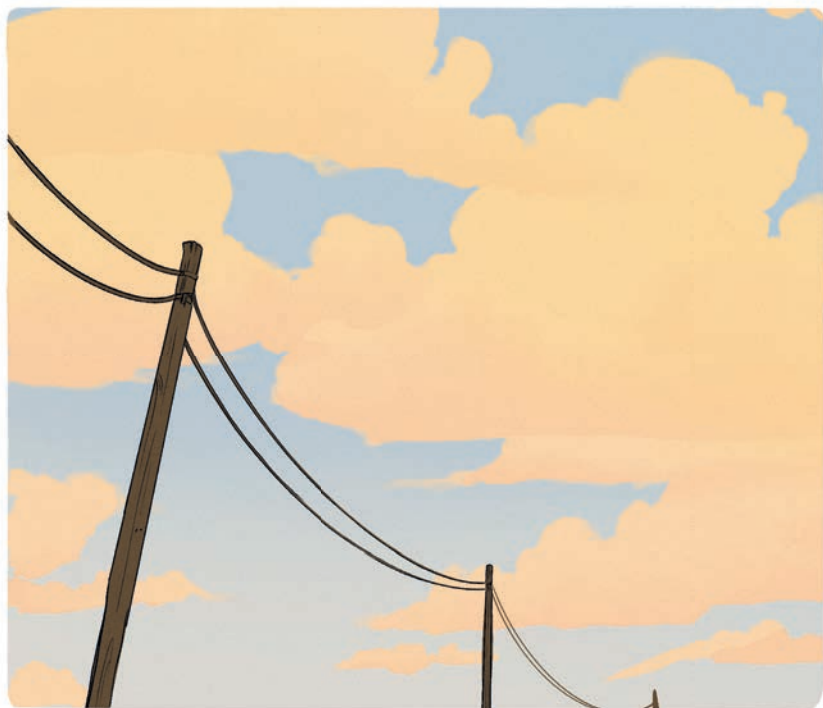
Tal vez por eso solía andar solo. Además, muchos de los jóvenes del pueblo aún recordaban mi vestido de princesa, o como en la piscina municipal siempre quería jugar a ser la Sirenita, así que a menudo me encontraba en situaciones incómodas o embarazosas.

En casa, y a su manera, mis padres me apoyaban. Me aceptaban, me querían. Pero sus recursos eran limitados. Si se enteraban de que me habían vuelto a pegar por maricón, no habrían

sabido cómo ayudarme. Preocupados por mí, me hubieran dado otra charla por «haberme metido en líos». Con ellos tenía una sensación extraña: me sentía protegido, a la par que incomprendido. Supuse que era lo normal.

Siempre me he preguntado si los hijos tenemos que estar agradecidos por el regalo de la vida, o si se nos perdona a cambio de padecer algunos traumas infantiles. «Nadie te enseña a ser padre», oí una vez. «A mí no me han enseñado a conducir camiones, y precisamente por eso no conduzco camiones», me hubiese gustado contestar. Pero siempre se me ocurrían las respuestas cuando estaba de vuelta en mi habitación.

Entonces aguanté la respiración, introduje la llave en la cerradura y giré el pomo de la puerta principal. Después de tantos años, era experto en hacer como que no pasaba nada.







¡LA HIJA DE LOS PÉREZ! HA DESAPARECIDO Y ES NORMAL QUE UNA MADRE SE PREOCUPE DE SÍ LE VA A PASAR LO MISMO A SU HIJO.



IMAGÍNA TE QUE SALES DE FIESTA Y...

¿YO? ¿DE FIESTA?



SABES QUE NO SOY ASÍ MAMI...



ES VERDAD... Y ASÍ MEJOR. NO ME QUIERO NI IMAGINAR LO QUE ESTÁN PASANDO SUS PADRES... JAMÁS VOLVIÓ DEL INSTITUTO A SU CASA.

YA VAN DOS DÍAS Y NADA... NO LA ENCUENTRAN...



CARLOTA... POR ESO ESTABA HOY LA POLICÍA EN EL INSTITUTO... CREO QUE HAN ABIERTO UNA INVESTIGACIÓN PERO...

PERO ¿QUÉ?



NO SÉ. IGUAL ELLA QUERÍA DESAPARECER DE AQUÍ



PERO ¿SIN AVISAR A NADIE...? NO ME PUEDO CREER QUE FUESEIS AMIGOS. ¡SOIS TAN DIFERENTES!



OH AMELIA...



¡ES VERDAD!
HOY SEGURO QUE
DESPUÉS DE
COMER VUELVES A
INTERNARTE EN TU
CUARTO Y A NO
SALIR HASTA LA
NOCHE. POR LO
MENOS SÉ QUE NO
TE VA A PASAR
NADA...



SIEMPRE ESTÁS
AQUÍ METIDO...
DE HECHO ME
PREOCUPA.
¡DEBERÍAS
ESTAR FUERA
PASÁNDOLO
BIEN!



YO ME LO PASO BIEN AQUÍ MAMÁ... NO NECESITO
NADA MÁS. EN VEZ DE EMBORRACHARME Y
PASAR FRÍO EN LA CALLE PUES PREFIERO ESTAR
LEYENDO O HACIENDO FOTOS O JUGANDO A
ALGÚN VIDEOJUEGO...
ME GUSTA MÁS ESTAR SOLO.



YA...
SEGURO...

¡AMELIA POR
FAVOR! DEJA
HACER AL
CHICO LO QUE
QUIERA. LE
RIÑES HASTA
CUANDO NO
HACE NADA
MALO.



ADEMÁS ¿CUÁNDO LE VAS A
DECIR QUE POR FIN HA LLEGADO
SU REGALO DE CUMPLEAÑOS?

¿REGALO? PERO SI
HAN PASADO MESES...



TU MADRE, LA
QUE TANTO TE
PINCHA, LUEGO
ES LA PRIMERA
EN MOVER CIELO
Y TIERRA PARA
CONSEGUIR LO
QUE QUERÍAS



CON AYUDA DE UNA COMPAÑERA DEL
TRABAJO HA COMPRADO TU REGALO
POR INTERNET. PERO VIVIMOS EN UN
SITIO... HA TARDADO MUCHO EN
LLEGAR.

¡PENSABA QUE
LLEGARÍA ANTES!



EL CASO ES QUE
HA LLEGADO
HOY... ¡LO HEMOS
SUBIDO A TU
CUARTO!



¿OS ESTÁIS
QUEDANDO
CONMIGO?!



¿LA CÁMARA QUE
PEDÍ? ¿CON
OBJETIVO Y TODO?



¡SÍ! AHORA
PUEDO HACER
FOTOS CON
MUCHÍSIMO
ZOOM
IMAÑANA
PODRÉ
HACERLE
FOTOS A
SATURNO!



Y ENCIMA TIENE BUEN
SENSOR DE LUZ ASÍ
QUE TODO SE VERÁ
BASTANTE DEFINIDO Y...



GRACIAS.

Aunque aún faltaba una hora para el inicio de las clases, decidí andar hacia el mirador más alto del pueblo. Estaba seguro de que desde allí no tendría problemas para capturar con mi nueva cámara el brillo del planeta Saturno justo antes del amanecer. Era tal vez la primera mañana que la niebla cubría el pueblo desde la primavera y temía que esto dificultara la visión. No obstante, a la vez, estaba entusiasmado. La rutina hacía que cada pequeña novedad fuese emocionante. Y así andaba, casi a saltos. Me gustaba el ambiente húmedo y la forma en la que las gotas de agua, al flotar en el aire, difuminaban la luz de las farolas que aún permanecían encendidas. Las flores silvestres, que crecían salvajes entre las grietas del pavimento, estaban empapadas de rocío. Y los rosales que separaban algunas parcelas aún no habían abierto sus capullos.

Crucé varias calles disfrutando de las vistas, pero poco después de girar la esquina del quiosco de prensa local, di un respingo al ver una figura al otro lado de la acera.

La mujer estaba terminando de pegar un cartel con cinta adhesiva en la farola. Luego, abrió un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. La incandescencia de la ceniza que quemaba la punta iluminó cálidamente el póster, que ella observaba, insegura. No se había percatado de que yo estaba allí como un pasmarote.

Me fijé en que todas las farolas de la calle tenían el mismo cartel pegado. A veces incluso dos veces. En un gesto cansado, la mujer se llevó las manos a la frente, los dedos se perdieron en su pelo y la palma escondió sus ojos. Se trataba de Raquel Pérez. Imaginé que habría pasado gran parte de la noche pegando carteles con una foto de su hija recién desaparecida, Carlota. Después de unos segundos aguantando la respiración, o tal vez las lágrimas, se agachó para recoger el resto de las hojas. Fue entonces cuando se percató de que no estaba sola.



—¿Jeime?

Pasar de ser un mero espectador de la escena a formar parte de ella me pilló desprevenido. Tragué saliva.

—Buenos días, Raquel... —«Eres tontísimo», pensé. «¿Buenos? ¿A alguien que acaba de perder a su hija?»—. Se... ¿Se sabe algo de Carlota?

Raquel apartó la mirada y estuvo a punto de dar otra calada a su cigarro. Negó con la cabeza sin decir nada. Realmente encogía el corazón verla así. Cuando Carlota y yo éramos amigos, la sonrisa de su madre parecía no desaparecer de su cara. Y ahora no era más que un eco bajo sus ojeras. Me pregunté por primera vez de verdad si a Carlota le habría pasado algo, o si solo se trataba de otra de sus locuras.

—Solo espero que vuelva pronto... —musitó. Y pude ver un par de destellos en sus lagrimales.

Antes de que yo pudiese decir nada, Raquel se dirigió a la siguiente farola, donde pegó otro cartel con la cara de su hija.

Si alguien hubiese pasado por la acera de enfrente, habría visto la lejana luz de una farola tras el sutil velo de la niebla. Y habría oído a una mujer llorar. Y al llegar a casa, lo habría olvidado. Pero aquello no pasó en El Pueblo Rodeado Por Nada.

Al día siguiente, la noticia corría de boca en boca.



@JeimeStuff



@JeimeStuff Madrugón... Ese destello de ahí es Saturno!